





voz alta, para lo que se pueden pedir personas voluntarias, y repartiendo la lectura, asignando a diferentes personas leer distintos párrafos. Cada cual puede anotar en su documento aquellas cuestiones que le parezcan oportunas.

## Parte 2

A continuación se forman grupos de 4 a 5 personas.

Cada grupo representará a los distintos grupos sociales del pueblo de «La Gran Montaña». Los grupos representantes, a repartir, son:

- padres y madres.
- ayuntamiento del pueblo.
- docentes.
- representantes de asociaciones ecologistas.
- representantes del alumnado.
- representantes de asociaciones vecinales.
- representantes de las víctimas de «La Gran Montaña».

Cada grupo debe trabajar para buscar el mayor número de soluciones posibles al problema, teniendo en cuenta al colectivo que representa. Además, de todas las soluciones que encuentren, deben destacar aquellas que les parezcan más útiles.

A continuación, se hace una puesta en común, en la que una persona que representa a cada colectivo, expondrá las conclusiones de su grupo al resto de personas participantes y se intentarán buscar soluciones de forma colectiva entre todos los grupos.

## Cierre de la actividad y conclusiones

Una vez concluido el trabajo, se realiza una reflexión colectiva sobre los paralelismos que tiene la situación del pueblo de «La gran montaña» con la prevención de otras conductas de riesgo, en especial, con la prevención de los discursos de odio e intolerancia.

Se intentará hacer un paralelismo entre las soluciones que se han encontrado en la parte 2 y las que se estaban desarrollando hasta el momento, haciendo un listado de nuevas soluciones que podrían llevarse a cabo.

## Evaluación

Se hace una lluvia de ideas, recogiendo las palabras que se digan, sobre qué se entiende por prevención de los discursos de odio. Puede compararse, para enriquecer, con lo que se pensaba antes de realizar la sesión. **Anexo I**



## La gran montaña

Cuando llegué al «Pueblo de la Gran Montaña», lo primero que me llamó la atención fue el río que corría seguro de sí mismo, ágil, chocando frontalmente con los muros de las casas, el tono dorado de la vegetación que rodeaba las tierras oscuras, el aire alegre de la gente.

Por eso, aquel cartel «Pueblo de la Gran Montaña» me obligó a girar la cabeza buscando con cierta curiosidad un promontorio que fuese digno de tan pomposo adjetivo, pero sólo se dejaban ver, más allá de las praderas, suaves colinas azules.

Sin embargo, muy pronto, la Gran Montaña empezó a ser una realidad que se imponía con una exigencia atosigante.

Todo el pueblo giraba alrededor de ella. Subir, subir a lo más alto, escalar rocas desafiantes, abrir caminos más difíciles, no eran sólo una diversión sino, sobre todo, el baremo social de la estima o la admiración en aquella comunidad.

Aunque hice valer mi derecho a ser «paticorta», algo miope, terriblemente patosa y nada amante del ejercicio físico, todos los que me rodeaban consiguieron con sus reproches y sus estímulos, que un fin de semana me dispusiese a ir a lo que prometía ser una especie de peregrinación obligatoria dominical.

Las rocas surgían directamente de la tierra en medio de la llanura muerta e inmóvil y sus paredes parecían acantilados de un mar extrañamente silencioso.

Mientras trataba de agarrarme a cuanto estaba a mi alcance, intentaba comprender el hechizo que la Gran Montaña ejercía en pequeños y grandes, la necesidad tan imperiosa de subir que parecían sentir.

Por ello la caída, el golpe, mi pierna astillada, el traslado en camilla al pueblo, fueron vividas por mí como un reforzamiento, esta vez en carne propia, de las preguntas que me inquietaban. Como siempre pasa en estos casos, una afluencia de noticias referidas a accidentes semejantes al mío, me fue llegando como una marea.

Mi estupor creció al saber el número tan elevado de sucesos, muchos de ellos con graves repercusiones para el desarrollo de una vida normalizada.

Aproveché mi obligado descanso en elaborar un informe para la radio local y para difundir en alguna red social, confieso que muy melodramático, pero sin duda sincero dado mi ánimo escandalizado.

Nunca me hubiese imaginado la cara de sorpresa con la que me recibió mi vieja vecina:

«¡Usted sabe el revuelo que ha levantado su informe! Mi nuera me ha contado que hay un Pleno en el Ayuntamiento para discutirlo.»



Cuando llegó Paco, el repartidor de leche, me comentó que en la escuela el profesorado había mandado hacer al alumnado una investigación sobre el tema, que incluía elaborar una encuesta sobre los accidentes y la asociación de vecinal había organizado una comida para compartir, de forma que los distintos colectivos participantes intercambiaron motivaciones y buscaran soluciones.

Realmente era sorprendente que una situación vivida siempre como normal se hubiese planteado en la mente de toda la población del lugar como algo urgente por resolver. Y así fué. El Ayuntamiento se reunió y decidió, como suele ser habitual, que el mejor remedio sería prohibir el acceso a la Gran Montaña: guardias, una valla, carteles disuasorios para los ciudadanos.

Esta decisión llenó de satisfacción a las familias y amistades de las personas accidentadas más graves que llevaban tiempo pidiendo que una medida así fuera tomada para evitar que otras personas sufrieran su misma triste situación.

Durante mucho tiempo el «Pueblo de la Gran Montaña» se alejó de mí; o yo de él, ya no lo recuerdo.

El mensaje que recibí una fría mañana de febrero no contenía apenas cosas interesantes y estuve a punto de no terminar de leerlo, pero los emoticonos y el texto de colores me llamó la atención:

«No fuiste tú la última accidentada en nuestro pueblo; para consternación del Ayuntamiento, la gente ha seguido subiendo saltándose todo tipo de prohibiciones»

La realidad fué qué muchas personas, especialmente las más jóvenes, hicieron caso omiso de la prohibición. Ya habían subido cientos, miles de veces y nunca habían tenido problemas. Es más, consideraban injusto y exagerado privar de la única diversión del pueblo a personas que eran expertas montañeras y deseaban seguir disfrutando de su Gran Montaña.

En una nueva sesión municipal para hablar del problema, fué la psicóloga quien propuso la solución que pareció mejor a la mayoría:

«retiraremos la valla y en su lugar estableceremos un puesto de atención permanente para atender a personas heridas y accidentadas. Además, haremos un estudio sobre las motivaciones que llevan a las personas a subir a la montaña, así evitaremos males mayores respetando la voluntad de quien quiera seguir subiendo, pero tendremos información sobre las causas y, posteriormente reflexionaremos sobre los datos obtenidos para hacer un plan de acción integral».

De nuevo resonaban en mis oídos los ecos llenos de «alerta», «cuidado», «¡no pongas el pie ahí!», «¡caen rocas!». Llegaban a mí acompañados de la sensación, ya intuida en mi única y desgracia-





da excursión, de que el hechizo de la Gran Montaña no consistía sólo en ser la única diversión del pueblo, sino, sobre todo, en que plasmaba las ansias que todas las personas tenemos de sentirnos valorados e integrados socialmente.

Lamentablemente el proyecto del centro de atención permanente tampoco dio un resultado muy satisfactorio. Cuando la hija del alcalde se fracturó una cadera en una caída, se vio la insuficiencia del servicio. Aunque se atendiesen en él muchos rasguños y magulladuras, no se conseguía evitar que siguieran produciéndose accidentes. Y los datos recabados sobre las motivaciones que llevaban a subir a la montaña eran tan diversos que hacían casi imposible extraer conclusiones de utilidad práctica.

Lo peor fue observar cómo cada vez mayor número de personas adultas, población infantil y juvenil tenían como única afición ir a la Gran Montaña.

Esta vez fue el profesorado de los centros escolares quienes, apoyados por un grupo de madres y padres, plantearon una nueva solución:

«Haremos que la gente tenga miedo a la montaña, de ese modo evitaremos que salgan a ella sin necesidad de vallas y estaremos haciendo una labor de futuro»

Pronto empezaron a llenarse las clases, las calles y las redes sociales de fotografías de las víctimas que habían caído en la montaña; se organizaron charlas en las que las personas accidentadas que habían podido sobrevivir hablaban a los alumnos de relataban su experiencia y lo que la locura que suponía subir a la montaña...

Esta nueva medida fue eficaz durante algún tiempo, pero al cabo de unos meses unos días algunos muchachos, los que peor iban en la escuela, algunas personas empezaron a acudir de nuevo a la montaña. La atracción del riesgo que infundía la montaña era mayor que el miedo que habían intentado meterles. Poco a poco fueron atraíendo a más personas y de nuevo los accidentes volvieron a aumentar.

Después de todo aquello y de tantas vicisitudes, en el pueblo había una gran preocupación y una gran agitación. Algunas personas pedían volver al sistema de la valla, otras personas pedían que hubiera más puestos de atención permanente y otras insistían en que quien no sepa escalar que se quede en casa, aludiendo al derecho de cada persona a actuar en libertad. Los ánimos estaban exaltados y finalmente la corporación municipal tomó una nueva decisión:

- Se formaría un comité con todas las personas que quisieran aportar ideas.
- ¿Se podría añadir algo que tenga que ver con que hay una parte de la montaña en la que se da visibilidad a «carteles» o «pintadas» desde muchos kilómetros a la redonda y/o que son muy difíciles de borrar?
- Quizás hace un paralelismo con elemento de redes sociales y la exposición pública de mensajes. Pero no sé si merece la pena.
- Quizás, otra opción es meter en el texto que hay gente que sube fotos o videos sobre sus hazañas en la montaña.

